

Watts y algunos otros. Como lo bufonesco siempre marcha y el curso de nuestra Historia siempre premia a lo obtuso, lo cruel o lo ridículo, el tenderete de la contracultura prosperó (no menos aleccionador es el caso de la creación de esa curiosa secta secreta, los «neonietzscheanos» españoles, cuya inexistente existencia tantas alegrías proporciona a los pedagogos filosóficos del cotarro. Otro día les contaré esto y verán qué risa). Comparado con sus compañeros de paternidad contracultural, Brown sale ganancioso por su menor empeño moralizante; no carece de él totalmente, claro está, aunque su segundo libro se vea purificado de esta reprensible obsesión en mayor medida que el primero, pero, comparado con la película de buenos y malos de Marcuse o con los adoctrinamientos utopistas de Goodman, leer «Love's body» es una excursión negativa de refrescantes características.

No sería difícil hallar las fallas del pensamiento de Brown, su intento es demasiado ambicioso para poder ser logrado sin resquicios. Pretende organizar una guía para perplejos a través de la cultura contemporánea, que pase por el psicoanálisis y el marxismo, por la poesía de Blake y el budismo Zen, por el misticismo y la crítica literaria; un texto donde se avencinen San Juan de la Cruz y Otto Fenichel, D. H. Lawrence y Lévi-Strauss, Shelley, Nietzsche y Laotzé; un discurso que parta de la liberación, transcurra a través de la naturaleza, la trinidad, el fuego, la resurrección o la plenitud, para desembocar en la nada, que cierra el anillo y remite de nuevo a la liberación. Este proyecto sintetizador, acumulativo, sorprende no tanto por su fracaso —que parece inherente al intento mismo— como por su relativo éxito, que nada autorizaba a esperar. En lugar de una rebotante antología

de tópicos a la moda, logra una fascinante travesía por la memoria cultural de uno de nuestros contemporáneos. Nada más lejos de la «contracultura» que la memoria, por supuesto, pero no menos se aleja del olvido vigente que fundamenta la cultura reificada que nos agobia.

El arte de la cita alcanza en Brown un raro virtuosismo; su discurso no se ve recargado por las referencias, ni mucho menos aspira al banal triunfo de la erudición; entreverando su texto de muchos otros textos, tejiendo y destejendo hasta que pierde sentido preguntarse quién es el autor de cada frase, «Love's body» logra una extraña y seductora impersonalidad sin renunciar al estilo. Los aforismos que componen este libro, necesariamente fragmentario, pero de una trabazón nada arbitraria o vacilante, son juntamente creación y memoria, palabra recordada y voz nueva. Lo dicho es dicho por todos y por cualquiera; de este modo, invita al lector a continuar la tarea, borrando y reescribiendo de nuevo el texto.

«Love's body» no busca el asentimiento a sus tesis, el logro trivial de la conformidad; pretende más bien estimular una nueva forma de discurso especulativo que vaya más allá de Marx y Freud: una forma de filosofía más frágil, como corresponde a la fragilidad de nuestra cotidianidad, más negativa, más pobre, más nuestra... ■ FERNANDO SAVATER.

Valera y la generación del 68

Como ha escrito Juan Marichal, la imagen escolar de don Juan Valera suele reducirse a «la del prosista que aspira a seguir exclusivamente las normas estéticas del "arte por el arte"». Esta imagen literaria va unida a la tópica efigie de un Valera con el pecho

constelado de condecoraciones y el porte majestático que casi obligatoriamente llevaba a la escritura de su nombre, precedido por el «don». Este porte reflejaba aquel indudable «señorío personal», señalado por Azaña, el más penetrante de sus biógrafos (1).

Sobre Valera y su época tenemos ahora ocasión de conocer las conferencias que Alberto Jiménez Fraud, director que fue de la famosa Residencia de Estudiantes, pronunció para los alumnos de Cambridge en el curso 1953-1954 (2). El libro donde las conferencias están reunidas acusa este origen escolar (por ejemplo, el segundo capítulo, que va desde «El caballero Cifar» hasta el prolífico Fernández y González), pero por eso mismo vale también para dar una panorámica amplia de la generación del 68, menos glosada que su sucesora del 98.

La nómina generacional incluida por Jiménez Fraud es extensa: Castelar, Cánovas, Giner de los Ríos, Salmerón, Canalejas, Montero Ríos, Echegaray, Riaño, Azcá-

(1) Manuel Azaña escribió una «Vida de don Juan Valera» que fue premio nacional de literatura en 1926. Parte de este manuscrito, desaparecido durante la guerra civil, figura en «Ensayos sobre Valera» (Alianza Editorial, 1971), con prólogo de Juan Marichal.

(2) Juan Valera y la generación de 1868, Alberto Jiménez Fraud, Taurus Ediciones, 1973.



rate, González de Linares, Costa, Castro, Fernández Jiménez, Moret, Gamazo, Alonso Martínez, Pedregal, Fabra, Federico Rubio, Moreno Nieto, Uña, Jiménez de la Espada, Pi y Margall, los Silvela, Balaguer, Núñez de Arce, Pereda, Bécquer, Alarcón, Verdguer, Pérez Galdós, Campoamor, Ruiz Zorrilla... Y la sitúa dentro de la posible granazón de una clase media ascendente en el siglo XVIII y detenida en la primera mitad del XIX. La renovación que operará esta generación no podrá explicarse sin el krausismo, importado a la Península por don Julián Sanz del Río. Jiménez Fraud ve entre todos los componentes generacionales una «fuerte unidad»: «Eran todos ellos hombres criados en el respeto a las ideas y que estimaban que un avanzado grado de formación intelectual era un supuesto indispensable para la intervención en la vida pública. De todos ellos podría decirse, sin incurrir en paradoja, que la filosofía que los unía era menos una doctrina que una educación en el amor de la verdad (...); todos ellos llevaban impresos estos tres caracteres que daban fortaleza a sus ideas y espiritualidad a su acción: el remozamiento del sentimiento de la dignidad humana que había aportado el romanticismo literario; el empuje del ascenso de la clase media en formación, ayudada por las re-

formas económicas, y el sentido religioso de la vida predicado por el romanticismo filosófico».

Cuatro fueron, con Valera, los novelistas del 68: Alarcón, Pereda y Galdós. A todos ellos los estudia pormenorizadamente Jiménez Fraud, que pasa luego a la biografía de Valera (Cabra, 1824), considerado ya «joven precoz» por Espronceda cuando coincidieron ambos en los Baños de Carratraca. Don Juan será poeta primerizo y diplomático en Nápoles, con la ayuda del duque de Rivas... En Italia tuvo amores con una aristócrata rumana (Valera fue fecundo amador), y escribiría a propósito del todavía liberal Papa Pío Nono: «No ser entonces liberal era ser mal católico, era ser enemigo del Papa». Diputado frustrado con Narváez, el general lo premiará con un cargo diplomático en Lisboa; luego irá a Brasil, a Rusia, se casará ya cuarentón... «Pepita Jiménez» la escribirá cumplidos los cincuenta años; es su primera novela, fruto de un retiro en Andalucía tras la abdicación del rey Amadeo. El triunfo en la novela del amor humano de Pepita sobre la vocación sacerdotal de don Luis de Vargas fijaría por mucho tiempo una cierta imagen de Valera (3). Para Jiménez Fraud, en Valera dominan siempre «la actitud desapasionada y la clara inteligencia, opuestas a todo dogmatismo. La nota entusiasta que nunca cambió en él (si de entusiasmo cabe hablar refiriéndose a Valera) fue su pasión por la libertad». Y su biógrafo Azaña dijo de él: «En todas partes disenta del tono medio de la sociedad...

(3) «Para la óptica de la España ultramontana, don Juan Valera fue siempre un impío. Nuestros libros de texto señalaban indefectiblemente al bachiller la finura distinguida del estilista que escribió Pepita Jiménez, apostillando que el autor fue un crítico volteriano, escéptico y descreído». Las contradicciones del modernismo español, J. A. Gómez Martín, Revista de Occidente, noviembre 1971.

Su finura mental le impedía ser fanático; el señorío personal no le dejaba meterse entre la turba y abrirse camino a codazos. Sin don de mando ni elocuencia, no era jefe; instruido, tenía demasiadas opiniones propias para ser buen secuaz (...). El fondo de su pensamiento político es un liberalismo individualista. ■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

El fatum de Pavese

Al finalizar su condena y verse de nuevo en libertad, dos amigos —campesino uno, ciudadano el otro— se encaminan hacia la región agrícola en la que vive la familia de uno de ellos, para ver de encaminar la vida de alguna manera en las faenas del campo. Tal es el punto de partida de *De tu tierra* (1), un relato de Pavese publicado recientemente. La acción (por llamarlo de alguna manera) puede situarse en Le Langhe, comarca del Piemonte cercana al valle del Belbo, en el que transcurre *Clau Masino*, del mismo autor. Se trata de un paisaje particularmente querido por Pavese y del que se complace en hacer una descripción morosa y deshilachada (psicologista si se quiere, pero con unas metáforas absolutamente plásticas y realistas), contrapunto de una narración compulsiva y neurótica, en la que los elementos, trágicos, se encabalgan y yuxtaponen según el imperio de una memoria enmarañada. Lo que le interesa aquí a Pavese es la descripción suave, fría y a un ritmo lentísimo de un marco referencial —pespunteado en la piel de las personas— en el que las peripecias son mínimas, exponiendo tenuemente unas pasiones inconfesables y veladas y una historia cuyos protagonistas se empeñan en ocultar. Novela

(1) *De tu tierra*. Cesare Pavese. Alianza. El libro de bolsillo, número 432.